

La disciplina y la educación

Un enfoque etológico

El estudio del comportamiento interpersonal, en una relación como la que se lleva a cabo en los centros educativos, se presenta difícil y laboriosa. Un estudio estructural enfocado en torno al papel que tiene la disciplina y la vigilancia como apoyos técnicos, resulta fundamental a la hora de comprender el efecto que muestra la Pedagogía en su labor conformativa del hombre.

Rafael García-Villanova Zurita

Entre todas las formas de análisis posibles que se pueden hacer en torno a la relación interpersonal profesor-alumno, lo más importante será la elección de los aspectos que se van a tener en cuenta. Tratará de ver cómo interviene la mirada como una forma más que influye en la aproximación o la separación interpersonal.

Si se observa en un aula cualquiera en la que se impartan clases, se verá que las distribuciones del alumnado y del profesor están estructuradas (digamos sabiamente) para conseguir un efecto concreto, de manera que una colocación diferente provocará tipos de comportamiento diferentes, o lo que es lo mismo, que el que tradicionalmente se emplea emite un mensaje específico y no verbal, que va más allá de la mera estimulación o insinuación. Tal como dice Umberto Eco.

«Se trata de un proceso de significación, de manera que cualquier forma espacial, es un mensaje convencional preciso que transmite determinados significados sociales sobre la base de unos códigos existentes.»

Se «habla» por él, como se «habla» también por la ropa y los movimientos del cuerpo, pero esto se verá brevemente más adelante.

En la colocación de las figuras en el aula, se observa que la alineación topográfica de los alumnos sólo permite una dirección ocular (o al menos sólo una está permitida), pero inversamente la posición del profesor le da acceso a contemplar todo el grupo escolar. De esta forma podemos decir que el profesor goza de un panoptismo del que los demás carecen y en el cual se apoyará como en un instrumento para desarrollar entre otras cosas, labores de vigilancia sobre los movimientos cualquiera que sean, de los alumnos. Esta técnica ocular disciplinaria, se aplica al mismo tiempo sobre un espacio físico en principio recortado y cerrado en todos sus puntos y en el que los individuos están incluidos y ocupados en tareas casi ininterrumpidas de escritura y atención. La posición panóptica que tiene el profesor, por tanto, expresa la diferencia jerárquica de quién tiene el poder y quién no, porque permite la intervención instantánea y la percepción continua sobre todo el grupo escolar, de ahí que este esquema panóptico intensifique sus facultades y garantice la eficacia del carácter corrector de anomalías que tiene el profesor, al mismo tiempo que permite la vigilancia de forma automática y continua.

Toda esta física de las relaciones, están por otro lado sujetas a un uso que las hará relativas a momentos y casos diferentes. De lo que no cabe duda es de que no actúan al margen de su ocupación por un funcionario de la educación, el cual está investido de cualidades y poderes que podrán liberar o reprimir la conducta del alumno.

ATRACCION Y EVITACION

Durante el trabajo que realiza en clase, y durante el tiempo que duren las ocupaciones de espacios distintos (que regulan y garantizan las funciones específicas de cada uno), la posición panóptica a la que nos referimos no serviría de nada si éste no se ocupase; la cuestión es: ¿qué pasa cuando esto ocurre?, ¿cómo afecta al alumnado y qué recursos tiene para eludir lo que la vigilancia implica?

Como señalábamos, el profesor tiene un carácter doble para el alumno; carácter de atracción y evitación, al mismo tiempo, el último de los cuales está guiado por cierto valor de supervivencia del alumno frente a una posible agresión, y entiéndase por ésta, una posible incidencia del profesor sobre aspectos puramente normativos y de disciplina, referida a un alumno en concreto. Más tarde nos referiremos al castigo, pero sólo en algunos de los aspectos que su efecto produce, y por cuanto es un dispositivo más (junto con el examen y otros ritos) de esta institución.

Entre aquellos aspectos comunicacionales distantes del verbal, podemos destacar el juego de las miradas como un medio de indicar si el espacio dedicado a la comunicación puede ser ocupado y si es posible el contacto de comunicación; el estudio en sí está basado en torno a criterios etológicos de comportamiento donde comunidades y sociedades animales mantienen la atención prioritaria a un individuo central y destacado por tener éste atribuciones de dominio que pueden y de hecho así ocurre, otorgar y redistribuir papeles y posiciones sociales a los demás miembros.

Estas sociedades centrípetas, como se denominan, pueden ser de dos tipos: agonísticas, para los simios menores y hedonísticas, para los mayores. En el primer caso la atención prestada al macho dominante está abocada a evitar la amenaza, aunque esta atención presente un carácter especial, pues ante la mirada directa, el macho dominante responde con una amenaza por lo que la parte del mecanismo de contraamenaza está en desviar la mirada en un intento generalmente efectivo de dirigir la misma hacia otro o simplemente reducirla. El término «agonistic» describe así la tensión entre la huida y la esquivo o la huida y la agresión en una sociedad donde el beneficio está en la unión bajo el amparo de un macho protector frente a posibles predadores y que al mismo tiempo puede ser la fuente de la amenaza. El agonismo gobierna los movimientos de avance y retroceso frente al macho y la tensión producida se resuelve mediante la evitación de su mirada. Es una reacción motriz al conflicto. El término usado para poner fin a esta activación y a la entrada de información, es el llamado «cutt off» o mecanismo del corte y puede ser más ampliamente conocido en la lectura del libro «El primate y el hombre» de Edgar Morin y Massimo Piatelli-Palmarini y en el de Nico Tinbergen «Estudios de Etología II».

En el segundo caso, no es la elusión la que funciona, sino todo lo contrario, la aproximación y el contacto los que la caracterizan. Ambas son también posibles en el modo agonístico, pero sólo en el marco de una reglamentación muy precisa.

ELUDIR LA MIRADA

La presencia de una figura capaz de imponer sanciones y restringir las posibilidades de elección de comportamientos posibles a uno sólo, le convierte en un ser con doble fondo. Por un lado posee en sí el objeto de la congregación de los alumnos en el aula, al ser la fuente de información que saciará la curiosidad de éstos en más o en menos y por otro es poseedor de autoridad que el alumno no puede controlar y que puede constituir el origen de una represión disciplinaria. Posee un doble aspecto que provoca el acercamiento y la separación. En el segundo de estos casos la elusión de la agresión, el apaciguamiento o el desvío, puede estar basado en el mismo mecanismo del corte del que hablo, pues el estado de constante localización al que están sometidos los alumnos y su inserción en un espacio ecológico cerrado y controlado en todos sus puntos (del que es imposible salir libremente en

la mayoría de los casos) y en el que el empleo de la palabra es una concesión del profesor, convierten este espacio en una residencia para el poder y le constituye en un modelo compacto del dispositivo disciplinario.

La posibilidad de eludir la mirada cuando sea necesario es un recurso espontáneo en el que se reapoya el alumno. Dicho sea de paso, la vigilancia jerarquizada necesita una distribución espacial de límites precisos para permitir el control interior calculado y detallado para hacer visibles a quienes se encuentran dentro. A nivel estructural, tanto el centro como la clase en su forma arquitectónica, se constituyen en un instrumento de base para la ordenación en series indiferenciadas y homogéneas de individuos. El colegio, el hospital, el manicomio y el cuartel, están concebidos para distribuir y organizar parcelaciones y segmentaciones de personas, situando grupos de individuos en posiciones específicas y normalizadas.

Otro de los aspectos del régimen interior por el que se guía la educación actual, está vinculado a la forma en que las redes comunicacionales se presentan.

Durante el proceso educativo asistimos a la clausura y eliminación de los discursos del alumnado. Estos se anulan por la ocupación temporal del que emite el profesor, lo cual va determinado por el objeto mismo que los convocó allí a ambos. El discurso del maestro es algo largo y difícil

de analizar -para lo que no tenemos espacio aquí-, pero el reflejo del mismo (como discurso único), se muestra gráficamente en el esquema de la relación comunicacional que las clases poseen y que como veremos, se opone totalmente al que los alumnos usan en períodos de descanso.

Podemos decir desde una perspectiva cronométrica, que la alternancia clase-descanso, reposa (aunque no exclusivamente) en la dificultad de concentrar la atención por espacios prolongados que presenta el género humano y en la necesidad de dar rienda suelta a los discursos que tejerán los alumnos entre ellos. Algo a destacar es que ambos sucesos guardan una relación especial, es decir, que al relajarse la atención hacia el profesor por el cansancio, suele notarse un incremento de los intentos de entablar comunicación los alumnos unos con otros como si sus discursos devorasen a los de los profesores.

En el cambio de clase y en el tiempo destinado al consumo de ocio por parte del alumno, hay una modificación radical de las relaciones interpersonales entre compañeros.

"El profesor tiene un doble carácter para el alumno: atracción y evitación. Esto último, provocado por cierto valor de supervivencia del alumno frente a una posible agresión. "

Mientras que en el primer caso, esta red se muestra unidireccional (figura 1) como se muestra en el gráfico, en el segundo ésta muestra una forma distinta según se ve. En este caso es más fácil que los alumnos se aborden unos a otros de forma espontánea en una red poligonal o similar, en la que el juego de apropiación del liderazgo, impondrá las deformaciones (figura 2).

La elección de esta primera red para el modelo de relación en clase, responde sin más al principio económico elemental de aumentar el espacio destinado a la información y disminuir el esfuerzo que supondría ajustar un programa para el curso y dedicar el tiempo a charlar.

Incidiremos ahora en uno de los dispositivos disciplinarios muy usados en épocas anteriores y ahora de alguna manera decadente. Se trata del castigo tanto físico como no físico, fijándose en lo que con él se consigue y en lo que motiva.

Mientras que en una situación normal los alumnos están sometidos a un mutismo radical, que incluye en muchos casos el silencio de la indumentaria representada en el uniforme, el

grupo de clase permanece en la unifonía y en la indiferenciación, de manera que su número es la unidad por cuanto es un grupo inexpresivo que no puede mostrar su individualidad. Una de las cosas en la que ésta se produce, es durante el castigo. El castigo, rompe la uniformidad de cuerpos mudos que forman la clase, como un todo en su relación con el profesor (que en sí es una proyección del otro todo anónimo y abstracto), para pasar dialécticamente a subjetivarse en un caso concreto sobre el que recae. Se individualizan los dominados para reconocer en ellos el pathos que los desvió de la norma, de manera que el motivo de la individualización es la vigilancia y la observación y no la posibilidad de que el alumno se exprese como ser independiente.

En un sistema disciplinario, parafraseando a Foucault, la individualización recae sobre los enfermos, los locos y los delincuentes y sobre todos los que se pueden incluir dentro del ámbito de la anormalidad. El niño, considerado como protoadulto (pues la Pedagogía es aristotélica), está de por sí considerado como -no a la norma- pues sólo los ya formados lo están, son normales. Son pues un accidente en una sociedad estructurada en torno a la reproducción, pues el orden burgués ha de prolongarse, repetirse a sí mismo eternamente. En ella vale el ser capaz de insertarse como uno más, como un cuerpo ya producido y listo para expresarse en el acto de la simple reproducción (de discursos, de separación de tiempos, trabajo-ocio, etc.).

El niño, es un protohombre, algo a producirse y, por tanto, especialmente delicado para el sistema, pues al no estar aún, puede estar a favor o en contra del mismo. Al emplearse el castigo se hace manifiesta esta segunda posibilidad, por ello la separación, el aislamiento y la individualización recae especialmente. He aquí su validez y efecto.